

## ARTÍCULO RESEÑA

### LAS ÚLTIMAS BATALLAS DE UNA GUERRA YA CLÁSICA: LA FELICIDAD CONTRA EL PLACER

PEDRO MARÍA MUÑOZ  
Winthrop University

Desde la oposición esteticista kantiana entre placer *puro* y placeres *fáciles*, la crítica moderna cuenta con una importante tradición teórica sobre la conflictiva convivencia entre el hedonismo sensual y la grandiosa idea de felicidad. Tras Freud, W. Reich y Marcuse, pensadores como Pierre Bourdieu, en los años 70, meditaron sobre esta antinomia, vista como una forma en que nuestra cultura define lo esencial y característicamente humano: a través de la sublimación implícita en la renuncia al placer<sup>1</sup>.

El 1992 Zigmund Bauman ve esta renuncia como una estrategia posmoderna para desconstruir el tabú occidental de la muerte. Para el sociólogo polaco, la renuncia al placer: «is a declaration of intent to turn ephemeral life, tightly as it is bound to the transient world of sensuality, into personal immortality»<sup>2</sup>. Y aunque la muerte no es referencia central en el libro que aquí comentamos: *Los placeres*<sup>3</sup>, hay coincidencias básicas entre las dos obras respecto del análisis de la actual ideología higienista; el *establishment* médico es visto en ambas como otro ejército posmoderno en una guerra de ganador imposible, la que vienen sosteniendo el placer y la felici-

---

<sup>1</sup> Ver de este autor *La distinction: critique social du jugement* (Paris: Editions du Minuit, 1979), pp. 5-7.

<sup>2</sup> *Mortality, Immortality and Other Life Strategies* (Stanford, California: Stanford UP, 1992), p. 66.

<sup>3</sup> Enrique Gil Calvo, editor, *Los Placeres. Éxtasis, prohibición, templanza*. Barcelona, Tusquets, 1992, 213 pp.

dad. El libro, editado por Enrique Gil Calvo y con introducción de Fernando Savater representa, pues, una contribución española a la tradición intelectual antes mencionada.

Se trata de cuatro ensayos propiamente dichos (los de Enrique Gil Calvo, Emilio Lamo de Espinosa, Fermín Bouza y Helena Béjar) y de tres entrevistas llevadas a cabo por Enrique Gil Calvo (a Antonio Escohotado, Ludolfo Paramio y María Jesús Miranda). Casi todos estos autores están aún en la cuarentena, pero todos ellos poseen ya un curriculum preñado de cátedras y premios; es decir, se sitúan en ese terreno áureo equidistante entre la promesa y la consagración profesional. Sus discursos van de lo característicamente académico (Lamo de Espinosa) a lo que se puede calificar de prosa poética (Fermín Bouza), pasando por el ensayismo en forma de entrevista (las de Gil Calvo).

No es tarea precisamente fácil encontrar un mínimo común denominador entre siete intelectuales españoles de ninguna disciplina académica, pero se pueden trazar aquí algunas señas de identidad. Las dos primeras páginas del presente volumen contienen *Las preguntas*, formuladas por Savater, a las que los subsiguientes ensayos tratan de responder de una forma u otra. El libro es una prueba, además, de cómo se han asentado ya en España aquellas tendencias neo-nietzscheanas de la década de los setenta (con el propio Savater como iniciador), y de la resonancia de la obra de Michel Foucault. En varios de los autores existe una aproximación a «la tecnología del yo» foucaultiana, así como un análisis de la cultura moderna en clave diacrónica de *episteme* y «genealogía», más que desde planteamientos puramente historicistas (dicho sea esto sin ánimo de abrir aquí ningún debate sobre la coherencia antihistoricista de dichas ideas foucaultianas).

Pero las diferencias entre los ensayistas, como he señalado al referirme a sus discursos, son importantes. En *Homo Faustus*, el trabajo que abre el libro —y el más largo—, Enrique Gil Calvo se pregunta «¿A cuántos días de placer senil equivale cada día de placer juvenil?» (45). Para este autor sufrimos la presión de un «utilitarismo medicalista optimizador, que en nombre de la sacrosanta longevidad se empeña en reprimir y prohibir la gratificación inmediata del presente» (45). En este sentido, el presente tiene un peso ontológico del que carecen tanto el pasado (memoria) como el futuro (ficción); el presente será, entonces, el ámbito más propio del placer.

Gil Calvo propone una tipología del placer basada en tres tipos

de individuos: el libertino, el puritano y el ecuánime. El moderno libertino sería el *yuppie* que sacraliza el éxito inmediato y los resultados, mientras que el puritano se impone a sí mismo una racionalidad valorativa y de tendencias metafísicas, inamovible. El ecuánime, por su parte, es guiado por una racionalidad metodológica, flexible y democrática, aquella que apela a «la compatibilidad social de las reglas del juego y los procedimientos operativos que regulan *in acto* nuestras conductas» (50). El hedonismo ecuánime abraza el placer —y con ello, el presente— pero consciente de que éste no debe buscarse a cualquier precio, que existen también formas ilegítimas de acceder a la felicidad. El límite fundamental es el de la libertad ajena, el del placer que causa dolor a otros. Pero el reconocimiento de este derecho tiene en Gil Calvo un aspecto creativo y positivo: la aceptación del derecho del otro a la felicidad y al placer hará posible... «que la felicidad resulte contagiosa y llegue a hacerse pública» (59). Siguiendo esta lógica, la actual presión (superestructural, en términos marxistas) a ser feliz se hace igualmente inaceptable. En el anti-hedonismo actual, para este escritor, continúa la obsesión «masculinista», pues tanto desde la derecha como desde la izquierda se identifica el placer con lo blando, frívolo, pasivo y afeminado. Esta es, en realidad, una vieja constante de la civilización occidental desde las cazas de brujas medievales, aunque hoy se presente bajo el aspecto de toda una «tecnología del yo»... «disciplina ascética de consunción metódica de la propia vida que se percibe como necesidad de ajustarse a un discurso social adoctrinador» (58).

Estas propuestas sobre el placer ecuánime son de un humanismo reflexivo y anti-totalitario, elaboraciones llenas de sentido común. Gil Calvo podía haber afinado algo más, sin embargo, en sus planteamientos contra «el vigente utilitarismo medicalista», ya que a menudo dicho utilitarismo apela, precisamente, a la libertad y al posible daño al otro (al no fumador, al non-nato, al contribuyente, etcétera).

Los capítulos 2, 5 y 6, que comentamos a continuación, son las entrevistas llevadas a cabo por Gil Calvo. El protagonista de la primera (titulada *El emboscado*) es Antonio Escohotado. Parte Escohotado de la idea presocrática del placer como ausencia del dolor, y de que tanto el placer como la felicidad son difíciles de definir. Si para Gil Calvo el placer refiere necesariamente al presente, para Escohotado el énfasis está en «el placer de la libertad»,

que en clave existencialista (lejos de cualquier sartrismo) sólo le es posible a aquel que vive la vida como *autor*, y no como espectador o víctima. Las respuestas de Escotado subrayan una visión un tanto dionisiaca del placer; la orgía y la embriaguez afirman la vida ofreciéndonos un paréntesis necesario, una pausa «donde se suspenden tanto el principio de identidad como el de razón suficiente» (83). A este *pathos* vitalista se corresponde su crítica a la Iglesia cristiana que une la inevitable muerte del individuo con un panorama aterrador de castigos eternos.

En la breve entrevista de Gil Calvo a Ludolfo Paramio (*El derecho a la infelicidad*), el desarrollo de las ideas del entrevistado no queda favorecido por las preguntas. Es ésta una de esas entrevistas en las que las preguntas son tan largas como las respuestas, es decir, en la que el entrevistador se convierte en disertador. Como suele ocurrir en estos casos, una gran cantidad del texto de Paramio está dedicada a desenredar el ovillo de las preguntas. Más que una entrevista fluida es un diálogo invertido. No es éste, sin embargo, el caso del capítulo siguiente que, bajo el título de *Violencia y placer*, presenta una entrevista fluida, de preguntas breves y respuestas largas. Aquí María Jesús Miranda viene a recapitular las ideas centrales de sus *Crónicas del desconcierto* (1986), libro en el que analiza la actitud de hombres y mujeres frente al placer a través de un análisis diacrónico de la división de roles. Según Miranda, la guerra colocó a la mujer en una situación de poder, al tomar el control de las ciudades, de la retaguardia. Por otra parte, en la medida en que «la sociedad no supera los conflictos mediante la violencia tiende a superarlos mediante la negociación»... «las mujeres nos desenvolvemos mejor en el ámbito de la palabra que en el de violencia» (164). Aquí el tiempo —histórico— parece jugar en favor de la mujer, pero no es así respecto de la economía del placer. Para María Jesús Miranda, «en la España del s. XVIII las damas podían tener amantes públicamente», mientras que «en la sociedad moderna las mujeres hemos recobrado —sin quererlo— la memoria del cuerpo como mercancía» (167). Fue durante el siglo pasado, con el asentamiento de la sociedad burguesa, cuando el cuerpo femenino se convierte «en algo valioso, con lo que se puede negociar» (168). Esta concepción, que atribuye a la separación radical entre la razón y el cuerpo, constituye un boicot permanente al placer. Los análisis de María Jesús Miranda son lúcidos, sugerentes, y también polémicos, sobre todo en su

identificación de lo masculino/violencia frente a lo femenino/paz... «el hombre es un lobo para la mujer» (170).

En su trabajo *La moral complaciente*, Emilio Lamo de Espinosa parte de, o mejor dicho razona contra, la idea durkheimiana de que orden social y orden moral coinciden. Esta es hoy una creencia compartida por todo tipo de fundamentalismos religiosos: «hay desorden social porque hay inmoralidad, de modo que restaurar la moral (privada) es la mejor garantía del orden» (94). Para Lamo, el orden social se fundamenta en otras variables. Las sociedades modernas poseen, según este autor, un alto grado de «pluralismo moral». La idea de que orden moral y orden social no son necesariamente coincidentes estaba presente en el trabajo, ya clásico, de Bronislaw Malinowsky sobre los aborígenes trobriandeses, donde las relaciones sociales aparecen sancionadas por «una maquinaria social de fuerza obligatoria 'basada en la dependencia mutua'» (esta cita del propio Malinowsky). De acuerdo con Lamo está muy claro que los vicios, los crímenes, o incluso la marginalidad, generan vínculos sociales con sus propias normas de conducta. Más allá de cualquier intento ideológico de explicación moral generalizadora (¿logocentrismo derridiano?), el orden social se sustenta en el trueque y en las relaciones de intercambio. Por otra parte, asistimos hoy a un multiculturalismo que no hace sino subrayar este relativismo moral. Termina el ensayista con una nota optimista que no deja de parecernos sorprendente por lo que tiene de «wishful thinking»: que quizá países que él llama «fronterizos» de la comunidad occidental, como España, Turquía o Rusia, sean los más preparados, históricamente, para asimilar el relativismo moral y el multiculturalismo del futuro.

El trabajo de Fermín Bouza *Contra felices* es el más seductor y el más «intenso». Su intensidad le viene dada por el color y las imágenes de su literariedad, por un lenguaje deliberadamente poético. Para el sociólogo/poeta gallego... «se habla más de la felicidad que del placer porque la felicidad no compromete a nada... la felicidad, siendo nada es asequible: expresa la definitiva desolación de toda búsqueda en el espejismo de su logro. Una muerte» (123). Bouza plantea aquí una radical antinomia entre felicidad y placer, apostando por éste. La felicidad vendría a funcionar como coartada ideológica de los sistemas de creencias (no sólo los religiosos) que nos invitan a posponer el placer. Llega a decir Bouza que «los horrores de la historia han sido cometidos por los felices, o por los

que quisieron serlo» (123). El placer, forma de celebración de lo subjetivo, es íntimo y retirado; pero además ha de ser así, ya que está mal visto por el ojo público. En esto hay coincidencias con los análisis de Helena Béjar, que nos habla de la «ocultación vergonzante» del placer. Al final de su breve ensayo, Bouza sugiere que vivimos en una especie de Edad Media en la que unos pocos comienzan a atisbar la auténtica modernidad, la del sujeto individualizado, en poder de una autonomía intelectual frente a las múltiples determinaciones que hoy nos imponen qué hacer y cómo ser.

Cierra el libro el trabajo de Helena Béjar, *La ordenación de los placeres. Civilización, sociedad y autocontrol*. Este ensayo viene a ser un resumen de su éxito editorial de 1986 *De la intimidad*. Para Béjar..., «civilización, privatización e individuación son grandes procesos históricos que corren paralelos» (176). Históricamente, este proceso se ha basado en tres códigos, correspondientes, a su vez, a tres épocas (nótese aquí la sombra de Foucault): el código de la civilidad (s. XVI), el código de la prudencia (s. XVII) y el código del autocontrol (ss. XIX-XX); cada uno de estos códigos se ajusta a lo que la autora llama «argumento de las coacciones», que de ser puramente social en el primero, pasa a ser psicológico en el tercero. Las actuales «tecnologías del yo» propician el endurecimiento del superyo freudiano: «los hombres regulan su economía afectiva según un mandato autodirigido que les obliga a ser libres y extraen un placer preñado de tensiones, el placer de sí» (179).

Este último trabajo sirve muy bien de recapitulación de lo que es el libro editado por Gil Calvo. Helena Béjar nos habla de las represiones y limitaciones que los discursos sociales dominantes generan contra el placer: «ningún placer puede resistir el doble embate de la psicología y de la medicina» (208). Las palabras con que cierra su ensayo la escritora, y que sirven de conclusión al volumen que comentamos, tienen, por su intensidad y su carácter definitorio, esa cualidad textual que buscan las editoriales para las solapas de sus libros: ...«El método de observación psicológica ha pasado del comedor al dormitorio, del uso de los cubiertos al roce de las sábanas. Y el placer asoma, trémulo, en los confines de una sociabilidad íntima, entre el miedo al contagio, al daño y a la pérdida» (211).